

# Historiadores bajo la sombra de la sospecha. La percepción de la historiografía en la Ilustración

## *Historians Under the Shadow of Suspicion. The Perception of the Enlightenment Historiography*

NURIA SORIANO MUÑOZ

Facultat de Geografia i Història  
Departament d'Història Moderna i Contemporània  
Universitat de València  
Campus de Blasco Ibáñez  
46010 Valencia (España)  
Nuria.Soriano@uv.es  
<https://orcid.org/0000-0001-5681-2954>



RECIBIDO: FEBRERO DE 2022  
ACEPTADO: MARZO DE 2022

**Resumen:** En estrecha vinculación con los debates que irrumpen en la historiografía de la mano del giro lingüístico, el objetivo de este artículo es analizar la percepción de los historiadores en la segunda mitad del siglo XVIII. Basándome en las propuestas teóricas de los *Cultural Studies*, pretendo abordar la pluralidad de voces que discutieron sobre las cualidades y los cometidos de los historiadores en la prensa periódica y otras fuentes impresas como compendios, cartas o ensayos, menos atendidos por los especialistas. Desde una metodología de análisis discursivo, profundizaré en la actitud de desencanto y confusión imperante en la opinión pública española para cuestionar la imagen del historiador como aséptico compilador de documentos con los que sustentaba una historia más crítica y racional en comparación con la historiografía precedente. El rechazo del uso de las pasiones, y la separación entre historia y literatura, no impidió que muchos eruditos fueran conscientes de cómo su personalidad intervenía en la escritura histórica, incluyendo asuntos que poco tenían que ver con el pasado. El análisis de esta desconfianza en el historiador rompe con la rigidez interpretativa de un siglo más ecléctico, que evidencia grandes dudas en la definición de sus referentes históricos y permite comprender cómo muchas de las preocupaciones historiográficas que albergamos hoy en día desbordan nuestra propia contemporaneidad.

**Palabras clave:** Historiografía. Ilustración. Historia crítica. Presentismo. Pasiones. Literatura.

**Abstract:** In the context of the controversies that affected the writing and qualities of historians, this article analyzes their perception in the Enlightenment. This perception is linked to the debates that invade historiography at the hands of linguistic turn. The study of the plurality of voices, located in the press and other less used printed forms, allows us to delve into the prevailing attitude of disenchantment and confusion in public sphere. This analysis allows to question the image of the historian as an aseptic compiler of documents that support of a more critical and rational history, compared to the previous one. The rejection of the use of the passions and the separation between history and literature did not prevent many scholars from being aware of how his personality intervened in historical writing, including matters that had nothing to do with the past. The analysis of this distrust in the historian breaks with the interpretive rigidity of a more eclectic century, which shows great doubts in the definition of his historical references and many of the historiographical suspicions that overflow our contemporaneity.

**Keywords:** Historiography. Enlightenment. Critical history. Presentism. Passions: Literature.

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN [ISSN: 1139-0107; ISSN-e: 2254-6367]

DOI: <https://doi.org/10.15581/001.25.013>

Publicado en línea: 15/06/2022



Universidad  
de Navarra

FAACULTAD DE  
FILOSOFIA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
DEL ARTE  
Y GEOGRAFIA

I. ¿DESENCANTO O CONFIANZA EN LA RAZÓN?

Una insignificante frase, que podría pasar casi inadvertida por su trivialidad, fue incluida en un discurso a propósito de la vanidad publicado en el *Teatro de la Elocuencia* escrito por el erudito catalán Antonio de Capmany. Decía así: «el pasado ya no es, lo que está por venir es incierto y lo presente es momentáneo»<sup>1</sup>. Su escritura me permite comenzar estas líneas con un argumento ya de sobra conocido por los historiadores. El pasado *per se* no existe. Los documentos, los objetos y otras huellas del pasado nunca permitirán capturarlo ni recuperarlo por completo. Envueltos en presentes efímeros, frágiles y cambiantes, y condicionados por diferentes lugares que posibilitan aproximaciones al mismo, los historiadores representan el pasado y vuelven a hacerlo presente. Como apunta Roger Chartier, la historiografía actual parece ser consciente, cada vez más, de la brecha que separa el pasado de su representación<sup>2</sup>.

Respecto a los comienzos de la Edad Moderna, muchos eruditos percibieron que los intereses y las preocupaciones de los historiadores, así como las formas de hacer historia, habían cambiado en gran medida con el paso del tiempo, al compás de las grandes mutaciones sociales y políticas del periodo, de la configuración de los imaginarios de su propio tiempo. Y también de que el pasado, como sostiene David Lowenthal, se expresaba en variadas formas y era discutido en diferentes lugares y ámbitos. Lynn Hunt apunta —aunque su sentencia valdría también para la historiografía de finales del Antiguo Régimen— que la historia es «objeto de controversia, más aún en tiempos de profundas inquietudes por la verdad histórica»<sup>3</sup>. Mezclando algunas certezas y otras tantas dudas, el pasado reconstruido juega diferentes papeles, es creado y modelado a través de diferentes fuerzas y lógicas que construyen su valor simbólico en la sociedad<sup>4</sup>.

¿Generaba un cierto desasosiego la verdad histórica entre los intelectuales del siglo XVIII? ¿Confiaron en el pasado ya escrito por sus antecesores? Su producción generaba debate y pugna en manos de los historiadores que difuminan, en diferentes escalas y grados, la distancia temporal con el presente. No solo en nuestro presente actual, sino en otras temporalidades que, como el siglo XVIII, fueron en algún otro momento histórico, presente. Cada presente, en realidad, introduce una perspectiva nueva de análisis y cambia sus relaciones con el pasado, un fenómeno que obliga a los historiadores a practicar una historia de carácter

<sup>1</sup> Capmany, *Teatro histórico-crítico*, p. 261.

<sup>2</sup> Serna, 2016; Gaddis, 2004; Chartier, 2007; Ruiz Torres, 2008; Davies, 2006; Palos y Sánchez Costa, 2013.

<sup>3</sup> Hunt, 2019, p. 9.

<sup>4</sup> Kuijpers, Pollman, Müller y Van der Steen, 2013.

reflexivo y que sugiere, al menos, el planteamiento de nuevas preguntas<sup>5</sup>. A veces el pasado se despliega ante nuestros ojos como una caracterización familiar, presionada por nuestro presente y al mismo tiempo, extraña y diferente, alejada del mismo<sup>6</sup>. Antes de animar a los historiadores a «desmantelar mitologías»<sup>7</sup>, Eric Hobsbawm apuntaba que las relaciones entre presente y pasado, con sus polémicas diferentes, constituyen el verdadero objeto del historiador. No solo el pasado es objeto de nuestro interés. En una línea similar se pronunciaba Manuel Cruz al señalar que el viaje que el historiador emprende hacia el pasado no comienza (y tampoco concluye) exactamente ahí<sup>8</sup>.

Una tensión irresoluble entre presente y pasado a la que ya se enfrentaban, como nosotros, los historiadores del Antiguo Régimen y especialmente los de la Ilustración, preocupados por apoyar sólidamente los hechos históricos en documentos, en reivindicar el rigor y la crítica documental impulsada por el benedictino Jean Mabillon (1632-1707) en *De re Diplomática* (1681), tan apreciada después por historiadores como Gregorio Mayans (1699-1781) y Melchor Gaspar de Jovellanos (1744-1811) y reivindicada ya en el siglo XX por el historiador Marc Bloch (1886-1944).

Mabillon simbolizaba ese momento decisivo en la historia del método crítico, en palabras de quien escribió *Apología para la Historia o el oficio de Historiador*, la conocida obra póstuma con la que Marc Bloch plantó cara a la concepción de la historia propuesta por Charles Víctor Langlois y Charles Seignobos. Apuntillaba Bloch que la crítica era una especie de «antorcha que nos ilumina»<sup>9</sup>. La crítica, la posibilidad de discernir lo verdadero de lo falso, la mentira y el error, precisamente, aunque no por casualidad, se convirtió en la actitud universal que representó con fuerza a los intelectuales del siglo XVIII<sup>10</sup>. Intelectuales como Voltaire elaboraron una distinción fundamental entre «historia sagrada» e «historia profana», contrapuesta a la concepción de la historia propugnada por Jacques Bossuet en su *Discours sur l'Historie Universelle* (1681), que implicó que la providencia dejara de aceptarse como causa primera de todas las cosas<sup>11</sup>.

---

<sup>5</sup> Ruiz Torres, 2004, p. 57. Más recientemente, Hernández Toledo, 2021, pp. 204-222.

<sup>6</sup> Lowenthal, 1998; Glassberg, 2001; Ruiz Torres, 2007; Wood, 2008; Kewes, 2006.

<sup>7</sup> Hobsbawm, 2002, p. 40.

<sup>8</sup> Cruz, 2006.

<sup>9</sup> Bloch, 1996, pp. 97-138.

<sup>10</sup> Hazard, 1998.

<sup>11</sup> Roldán, 2005, p. 56. En realidad, la concepción providencial de la Historia no desaparece en el siglo XVIII, como demostrará la obra del napolitano Giambattista Vico (1668-1744).



¿Cómo un presente tan distante del nuestro pensó en la práctica histórica? ¿Cambió su forma de mirar a la historiografía? ¿Cómo la historiografía contemporánea ha mirado a ese mismo pasado y qué diferentes relaciones podemos tejer entre ambos tiempos? Estos son algunos de los interrogantes que atravesarán estas páginas. En la actualidad, el siglo XVIII ha sido interpretado con base en tres lugares comunes, aunque por supuesto generó sus propios debates entre la historiografía contemporánea<sup>12</sup> y dejó abiertos algunos otros pasados, como el de la conquista de América, que no pudo cerrar —aunque tampoco lo hicieron los historiadores de la generación posterior—. El primero de estos lugares comunes pasó por entender la centuria como un mero preludeo o anticipo de los fenómenos de la profesionalización de la disciplina histórica que acontecen en el siglo XIX. Estos procesos históricos nos llevan a referirnos a una historia más «científica» o «empírica» que se definió como «ciencia de lo particular»<sup>13</sup>.

Además de que la historiografía de la Ilustración construyera algunos de los pilares de nuestro edificio histórico contemporáneo —y, como sugiere Morales Moya, se abriera a orientaciones «modernas» mientras quedaba constituida como un elemento esencial del programa educativo— este siglo ha sido entendido como momento en el que los historiadores, preocupados por la verosimilitud, abogaron por la confianza en los archivos y la recopilación documental, por la realización de viajes dirigidos a la autenticación y el estudio de ruinas y monumentos<sup>14</sup>. También por la composición de una historia más razonada que explicara los orígenes de los pueblos, aunque mediatizada por las pugnas entre historiadores de tendencia *philosophique* y *antiphilosophique*. Además de admirar o denostar a los filósofos de la Ilustración, hubo historiadores que se consideraron afines a la crítica y otros que defendieron la apología como forma de aproximarse al pasado. En realidad, y como apunta Antonio Mestre, ambas actitudes caminaron juntas a lo largo de la centuria, aunque generaron ricas y largas controversias también entre los amantes de la «innovación» y los fieles a la «tradición»<sup>15</sup>.

El segundo de los lugares comunes es la politización de la historia. Esa historia más «rigurosa», que conllevaba una preocupación por el «buen gusto», por un estilo más depurado, ordenado cronológicamente y racional, se orientó a hacer sólidamente virtuosos a los ciudadanos, a proporcionarles ejemplos de comportamiento, a fundamentar las concepciones políticas y religiosas del presente. La historiografía entonces perdió su «vertiente exclusivamente cultural

<sup>12</sup> Calderón Argelich, 2015, pp. 937-945.

<sup>13</sup> Ruiz Torres, 1992-1993, p. 156; Hay, 2016.

<sup>14</sup> Aparicio Valero, 2013.

<sup>15</sup> Mestre, 2003. Otras referencias fundamentales para comprender el periodo son Sánchez Blanco, 2007 y 2013 y Enciso Recio, 2013.

## HISTORIADORES BAJO LA SOMBRA DE LA SOSPECHA

para convertirse en política»<sup>16</sup>. Tanto es así que Nieto Soria incluso llega a referirse a esta como «de un perfil preferentemente político»<sup>17</sup>. Si nos detenemos en el caso español, podremos reparar en cómo las élites recurrieron a la invención de un discurso victimista como narrativa para fortalecer la unidad nacional, unas élites que, mirándose en el espejo europeo, paradójicamente querían demostrar su capacidad de elaborar su historia, sin necesidad de recurrir a los autores extranjeros<sup>18</sup>.

La última de las características reside en comprender que la Ilustración rompe con los mitos y las fábulas heredadas de la cultura anterior, los mitos que poblaban las crónicas y el discurso historiográfico barroco o como se ha escrito «la alocada invención de antigüedades que caracterizó a la era anterior»<sup>19</sup>. Se desarrollará una dicotomía, excesivamente simplificadora, que distinguirá en este periodo una cesura entre la «historia fábula» y la «historia crítica». Estas fábulas afectaban directamente a los orígenes de la patria y a la construcción de la conciencia nacional, como sucedió con la polémica asociada a los «falsos cronicones» y las realizaciones llevadas a cabo por la Real Academia de la Historia, con la promoción, por primera vez, de un impulso colectivo en lo que a la actividad historiográfica se refiere<sup>20</sup>.

Ya sea individual o colectivamente, la historiografía contemporánea ha analizado la práctica histórica de la Ilustración como reivindicación de lo propio. Para muchos historiadores, uno de los rasgos básicos que resume el giro historiográfico del siglo XVIII es que «España es la protagonista de la historia»<sup>21</sup>. Los historiadores no han incidido tanto en un enfoque que privilegie, desde una dimensión más global, los usos del pasado y la construcción de una conciencia histórica que

---

<sup>16</sup> «La historiografía del siglo XVIII será, pues, continuando la orientación de los novatores, fundamentalmente crítica y erudita, preocupada, tal como corresponde al racionalismo de la época, por el establecimiento riguroso de los hechos, por la verificación de los datos, aunque sujeta a los intereses del poder político», Morales Moya, 1996, pp. 7-43; también Maravall, 1972, pp. 250-286.

<sup>17</sup> Nieto Soria, 2007, p. 27.

<sup>18</sup> Aparicio Valero, 2013; Mestre, 1990, pp. 21-60.

<sup>19</sup> Álvarez Junco, De la Fuente Monge, Boyd y Baker, 2013, p. 173.

<sup>20</sup> Velasco Moreno, 1999 y Nava Rodríguez, 1987. Bajo la dirección de Campomanes, las labores y el papel de la Real Academia fueron fundamentales en la constitución de la Historia como disciplina. En palabras de Nava Rodríguez, la corporación fue expresión de la mentalidad ilustrada y modelo de unión entre el Estado y la cultura en su pretensión de renovar la historiografía. La historia se consideró entonces un instrumento indispensable para la transformación social y el beneficio de la nación. Sus académicos, que perseguían limpiar la historia de fábulas, se comprometieron con la publicación de un *Diccionario Crítico Universal* de los pueblos de España, que generó importantes debates a lo largo del siglo. Pese a ello, las labores a las que se dedicaron sus miembros no siempre fueron, al menos estrictamente, de carácter historiográfico.

<sup>21</sup> Álvarez Junco, De la Fuente Monge, Boyd y Baker, 2013, p. 173.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

pasaba por la producción de prácticas comunes y análogas en sociedades y culturas muy alejadas en el tiempo y en el espacio<sup>22</sup>. Las condenas o los elogios de los muertos contenidas en aquellas páginas de los compendios históricos, la manía de enjuiciar que tanto rechazaría el historiador Marc Bloch, fue una constante en la historiografía de la Ilustración por encima de las diferencias nacionales<sup>23</sup>.

Mi intención en este texto no reside en discutir el grado de originalidad de la historiografía de la Ilustración ni tampoco en subrayar una vez más su carácter nacional, como bien prueban los debates ilustrados sobre América o la reelaboración de la Edad Media en las manos de Andrés Burriel, Juan Pablo Forner y Pedro Rodríguez de Campomanes. Ambas temáticas, además, habían contribuido a demostrar el progreso, la sensibilidad y la civilización de los ilustrados<sup>24</sup>. Tampoco aportaría gran novedad el hecho de resaltar la preocupación de los historiadores por la certidumbre, la precisión y la exactitud, como demuestra la *Clave Historial* del agustino Enrique Flórez (1702-1733).

Mi pretensión es más bien enriquecer el conocimiento de la historiografía de esta centuria atendiendo a la multiplicidad de voces, algunas de ellas más marginales —como periodistas anónimos, prácticamente desconocidos, autores de compendios locales, ya fueran clérigos o seculares, traducciones, ensayos y prólogos de libros— que permiten comprender los debates que generó la práctica histórica en aquella época desde su propia perspectiva —mediatizada, al mismo tiempo, por la mía, que me sitúo, por supuesto, en otro tiempo histórico—.

El énfasis en las limitaciones del historiador, en los debates que generó su capacidad o incapacidad para desvelar la «verdad» de los hechos, en la desconfianza que propiciaron algunas de sus aseveraciones y cuestionamientos sobre el pasado —confianza en los testigos, denuncia de la subjetividad y de las pasiones de los autores, estilo literario— son algunos de los puntos que surgirán a lo largo de este texto. Mucho más allá de la exaltación del conocido modelo de la historiografía crítica, profundizaremos en unos tiempos donde la incertidumbre y el desencanto destacaron como actitud colectiva. ¿Dónde quedan, pues, las fronteras entre lo que funciona como «corriente» (historia crítica) y lo que aparece como «excepcional» (desorientación, caos, etc.)?

Desde una metodología de análisis del discurso y atendiendo a las propuestas de los *Cultural Studies*, este artículo pretende estudiar los debates sobre la función y el papel de los historiadores, sobre la calidad de sus escritos y su indefinición epistemológica, con la intención de sondear los descontentos y las

<sup>22</sup> Delpiano, 2021, pp. 121-131. Para épocas anteriores y con especial acento en la dimensión global Marcocci, 2019.

<sup>23</sup> Bernardo, 2017, pp. 157-172.

<sup>24</sup> Nava Rodríguez, 1989-1990, pp. 103-120; y Nava Rodríguez, 1989, pp. 197-208.

## HISTORIADORES BAJO LA SOMBRA DE LA SOSPECHA

inquietudes sociales e intelectuales que generó la historia como práctica intelectual y, por supuesto, transitar por las dudas que albergaban los intelectuales sobre los referentes que integraron su memoria colectiva. Un estudio pormenorizado de las opiniones que generaba la historia y el oficio del historiador conduce a pensar en un siglo XVIII mucho menos rígido y mucho más ecléctico, con ecos para muchas más voces de las que los historiadores, muchas veces, han resaltado.

El pasado podía funcionar de maneras muy distintas, pero no fue ese terreno de «seguridad» en el que muchos escritores decidieron reafirmarse a sí mismos (y también a su propia cultura). Fue también este mismo siglo, el que cultivó una idea de la historia más rigurosa —aunque absolutamente politizada, como hemos resaltado— el que alertó sobre la confusión y la desconfianza que producía el historiador como arquitecto de verdades, en las trampas que no supo (o pudo) sortear, en la ignorancia y el desconcierto de lectores que no sabían ya a qué atenerse, de testimonios de desconfianza hacia muchos historiadores que habían perdido su crédito por razones diversas.

### 2. ¿QUÉ ES LA HISTORIA? ¿CUÁL ES EL OBJETIVO DEL HISTORIADOR?

La pasión por la historia floreció entre los hombres y las mujeres de la Ilustración que escribían y editaban libros de historia. Entendían que los historiadores reparaban los daños que causaba el olvido, el tiempo que todo lo consume. La concepción de la historia y los objetivos del historiador se convirtieron en preguntas espinosas, ya que uno de los problemas fundamentales del XVIII es precisamente la determinación de muchos de los principios básicos o de los diferentes espacios de las ramas del saber<sup>25</sup>. En este tiempo, los historiadores podían considerarse guardianes de la memoria —nos encontramos entonces con una relación de filiación y no una distinción entre historia y memoria, que se construirá posteriormente— y la historia era vista en palabras del fiscal Manuel Salcedo como «un espejo de lo pasado, una pintura bien ordenada en donde se registran casi a nuestros ojos los lugares, sucesos y tiempo»<sup>26</sup>.

Quizá, como apuntaba el crítico literario José Luis Munárriz (1762-1830), la historia era también «un recuerdo de la verdad para instrucción de los hombres»<sup>27</sup>. No solo es que se escriba mucha historia en este siglo, sino que la naturaleza del conocimiento histórico preocupa y también lo que hacen los historiadores cuando distorsionan el pasado, ya fuera por la elección de sus fuentes, por

---

<sup>25</sup> Mudrovcic, 1991, p. 24.

<sup>26</sup> Nava Rodríguez, 2017, pp. 67-85.

<sup>27</sup> Gómez, 2012, p. 240. Munárriz exigía al historiador responsabilidad y virtudes o cualidades como la bondad, la sinceridad y la exactitud.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

su estilo literario poco elegante y pesado o su propia subjetividad, visible en sus ediciones impresas<sup>28</sup>. Estas preocupaciones venían de mucho tiempo atrás.

En realidad, la obra del popular historiador renacentista Antonio de Guevara (1480-1545), que fue muy criticado en su propio tiempo por haberse inventado algunos detalles sobre la figura de Marco Aurelio, es un buen ejemplo<sup>29</sup>. Si volvemos al XVIII, parece que nuestra idea de lo que es un historiador, como sostiene Jaume Aurell, sigue bebiendo mucho de la historiografía anterior: un erudito que compila hechos sucedidos, un mero observador de la realidad pasada que trata de descifrar manuscritos polvorientos (de dificultosa caligrafía, por cierto) y reconstruye el pasado de manera literal (y no como alguien que inventa y trastoca la realidad histórica).

¿Se corresponde, pues, esta imagen «tradicional» del historiador con los debates que surgieron en esta época histórica? Adelantamos que la respuesta es negativa. La historia, como apuntaban las páginas del *Memorial Literario* a propósito de la edición de Polibio traducida por el bibliotecario Ambrosio Rui Bamba (1752-1821), era considerada mucho más que mero entretenimiento, aquel «amable pasatiempo»<sup>30</sup> al que se refería el historiador Marc Bloch en su *Apología para la Historia o el oficio de Historiador*. Rui Bamba, helenista que había solicitado su admisión a la Real Academia de la Historia en el año 1794, reconocía en el prólogo que, pese a sus ventajas, sus tiempos históricos albergaban poca estima por la historia. La percepción del bibliotecario no era, como veremos, del todo ajustada.

Precisamente el texto traducido pertenecía a un historiador como Polibio, conocido, entre otros motivos, por el rechazo a la confusión entre historia y literatura en su objetivo de establecer la verdad y la instauración del ejemplo moral y político como gran objetivo de los historiadores. La historia, por tanto, no solo pretendía distraer o divertir a los lectores. Su meta no era meramente intelectual ni tampoco lúdica, sino que se entendía, como podía leerse en las páginas del *Memorial Literario*, como «una filosofía práctica que se ha de leer para obrar y no puramente para saber»<sup>31</sup>. La historia implicaba actuar y, además, permitía la comprensión de los cambios históricos. Era un problema intelectual pero también moral. No son pocos los impresos que nos recuerdan, tanto desde la historia como desde la literatura, la importancia de distinguir y separar «aquél

<sup>28</sup> Se ha escrito que «el siglo XVIII ha sido atacado por valorar la razón por encima de todo. Sin embargo, los ilustrados aportaron a la historia del momento la teoría y la racionalización de los hechos, aunque nunca se preguntaron qué es la historia». Santana Pérez, 1993, p. 86.

<sup>29</sup> Woolfson, 2005.

<sup>30</sup> Bloch, 1996, p. 45. Bloch se preguntaba que «si de hecho no fuera más que un amable pasatiempo, como el bridge o la pesca con anzuelo, ¿merecería todos los esfuerzos que hacemos por escribirla?».

<sup>31</sup> *Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, Junio de 1790, CXI, p. 222.



tiempo» (pasado) de «nuestro tiempo» (presente) para comprender «la mudanza de costumbres por la que hemos pasado»<sup>32</sup>. Los cambios de la sociedad eran constantes y el pasado era una herramienta útil para enfrentarse a estas mutaciones, aunque ofreciera un desacuerdo constante.

El culto al historiador griego como referente intelectual en el siglo XVIII no fue casual ni tampoco exclusivo de la cultura española. Rui Bamba elogiaba a Polibio diciendo que no veía «otro historiador que más haya cuidado de lo que debía decir ni que más haya despreciado las relaciones vulgares. Suya es aquella máxima de que la verdad en la historia es lo mismo que los ojos de los animales. Así como a estos si se les sacan los ojos quedan inservibles lo mismo a aquella, si se la quita la verdad»<sup>33</sup>. La influencia del historiador griego puede rastrearse en las diferentes traducciones de sus libros, aunque no se conservaran todos ellos. Dos ejemplos fueron la edición publicada en Roma en 1792 o las sucesivas reimpresiones que alcanzó en inglés (1772). La difusión de Polibio puede atestiguarlo tanto en las referencias de las páginas que escribió Enrique Flórez como en algunos compendios que se publicaron de *Historia Universal* en Europa<sup>34</sup>.

Polibio fue uno de los primeros historiadores en escribir una historia de la grandeza de Roma, pero también aludió a los peligros que esta conllevaba. Su aportación no se quedaba en distinguir la historia de la literatura ni tampoco en haber sido uno de los primeros en escribir una *Historia Universal*<sup>35</sup>. Puso el acento en que el historiador debía «devolver a la vida los acontecimientos históricos en su totalidad y no conformarse con el estudio de historias aisladas»<sup>36</sup>. Su contribución, en consonancia con ese mundo más global en el que vivían los ilustrados, residía también en apuntar hacia la crítica de las fuentes, en su insistencia en que, aunque el historiador no pudiera estar presente y testimoniar en aquello que escribía «era necesario solo dar crédito a las fuentes fidedignas y ser un crítico

---

<sup>32</sup> López, *Ensayo sobre la mejora*, p. 81.

<sup>33</sup> Polibio, *Historia*, p. IV.

<sup>34</sup> *Storia Universale*.

<sup>35</sup> La historiografía ha relativizado el peso que las élites del siglo concedieron al florecimiento de la historia y su aceptación universal, pese a su función como herramienta al servicio de las reformas borbónicas. La historiografía dieciochesca fue presa de acusadas tensiones entre «tradición» y «modernidad»; sin embargo, y en la práctica, esta «radical» distinción responde a un esquema excesivamente dicotómico que, por otro lado, impide la comprensión de los intelectuales que se sitúan favor de algunas «novedades» y en contra de otras. Conviene subrayar los estudios sobre la decadencia de las universidades y sus proyectos de reforma de Domínguez Lázaro, 1983 o Mestre 2003, que rehusaron incorporar la historia y relegaron su lugar en el conjunto de los saberes de la época. En este sentido, los historiadores han destacado la labor de los jesuitas expulsos, dados sus esfuerzos de sistematización y compilación de memorias sobre la historia y la literatura de España. Sobre los jesuitas, puede consultarse Guasti, 2006.

<sup>36</sup> Roldán, 2005, p. 36.



hábil de sus referencias»<sup>37</sup>. Polibio, al mismo tiempo, reivindicaba la utilidad política de la historia. Los historiadores romanos en realidad «eran menos dados que los griegos a aparecer de manera explícita en los textos»<sup>38</sup>. Polibio no fue ni mucho menos el único historiador clásico reivindicado por los intelectuales del XVIII. Precisamente el modelo de los historiadores romanos, y especialmente las máximas de Cicerón, fueron recuperadas debido a su insistencia en que «la primera ley de la historia era siempre decir la verdad», ejemplo tomado por numerosos historiadores de la Ilustración como Juan Antonio Llorente<sup>39</sup>.

La historia, que corría el riesgo de acabar convirtiéndose en un conjunto de áridas cronologías o frías compilaciones de sucesos, permitía extraer un conjunto de reflexiones sobre cómo «el género humano había podido subsistir con usos y costumbres tan diferentes de los nuestros»<sup>40</sup>. La historia no era una representación exacta de la realidad, sino un instrumento para comprender el presente y el cambio histórico, un medio para conocer el carácter y las pasiones de los hombres<sup>41</sup>. A estas alturas la sentencia de Juan Pablo Forner, muchas veces repetida, recuerda cómo la historia era imprescindible para «ver en los tiempos pasados los orígenes de lo que hoy somos»<sup>42</sup>. Juan Pablo Forner recordaba cuál era la historia más útil y válida: «la historia en la que no hay nobleza, imparcialidad, estilo sosegado y sencillez generosa es digna solo de un escolar recién salido de la aula de retórica»<sup>43</sup>. El estilo y la imparcialidad eran, por tanto, rasgos fundamentales de la historiografía.

Las formas de definir la historia y lo que hacían los historiadores no albergaron una única respuesta en esta centuria, más aún si tenemos en cuenta la pasión polemista de muchos eruditos como el propio Forner, que escribió en su *Discurso* casi un tratado de metodología histórica<sup>44</sup>. A lo largo del siglo XVIII encontraremos definiciones de la historia como género literario, como «relación hecha con arte» (arte) o las que hablaban de ella como un simple relato de «cosas memorables» (memoria) o «cómo son en sí», como recogerá el *Diccionario de Autoridades*. Estas definiciones aparecían también junto a otras, de mayor sabor contemporáneo, como la que escribe Esteban de Terreros y Pando (narrativa

<sup>37</sup> Aurell, Balmaceda, Burke y Sosa, 2013, p. 25.

<sup>38</sup> Aurell, Balmaceda, Burke y Sosa, 2013, p. 25.

<sup>39</sup> Aurell, Balmaceda, Burke y Sosa, 2013, p. 25. La verdad del pasado se nutría de elementos diversos entre los que no faltan la sensibilidad, el talento y el genio del historiador, que venían a sumarse a los documentos originales como base y único fundamento de la realidad histórica.

<sup>40</sup> Millot, *Elementos*, p. 53.

<sup>41</sup> Dorado, *Compendio histórico*.

<sup>42</sup> Nieto Soria, 2007.

<sup>43</sup> Forner, «Reflexiones», p. 89.

<sup>44</sup> López, 2010.

verídica) en su *Diccionario Castellano* cuando la define como una «narrativa comprobada, continuada y verídica sobre el pasado», que quizá incluso Carlo Ginzburg podría compartir. En el mismo diccionario de Terreros, el historiador aparecía simple y llanamente, como aquel que «escribe historia»<sup>45</sup>.

La veracidad descansaba en una serie de técnicas y recursos. El historiador siempre debía señalar —aunque algunos prefirieran darla a los lectores de forma «limpia y corriente»— como apuntaba una de las figuras más representativas de la Ilustración portuguesa, Teodoro de Almeida —cuya traducción se editó entre 1785 y 1787— los documentos «en los que se fundaba para que nuestro asenso no quede solamente sobre su palabra»<sup>46</sup>. Las citas, como señalaría la historiografía decimonónica después, eran necesarias para refutar y comprobar la veracidad del discurso del historiador<sup>47</sup>. Insistiría en ello también el erudito Juan Pablo Forner, que recordaba la necesidad de los historiadores «de acudir a las fuentes de las cosas» y que en ese punto exacto radicaba la diferencia con las novelas<sup>48</sup>.

La manera de operar del historiador pasaba, efectivamente, por la recopilación de documentos y por su consulta para asegurar la verdad de los hechos, esa cualidad que tanto había preocupado a los historiadores desde los tiempos clásicos. Uno de los discursos pronunciados por un militar que ingresaba en la Real Academia de la Historia (1788), recogido en *Correo de Madrid*, se preguntaba precisamente por la necesidad de contrastar y relacionar los documentos como inicio del camino que conduciría a la verdad histórica: «¿no es el historiador el que saca de entre los muchos papeles, manuscritos, libros, noticias, tradiciones, que debe hacinar primero, la sustancia verdadera del hecho que intenta relacionar, confirmándolo antes, si le es posible, con inscripciones, monedas, bustos u otros arbitrios, y desnudándole de los falsos colores, con que la adulación, el temor, el interés y otras muchas pasiones suelen pintar los procedimientos de los grandes y las máximas de los siglos en que se escribe?»<sup>49</sup>.

### 3. UN PASADO MUY PRÓXIMO: EL PRESENTISMO

Las citas al pie de página añadían un cierto grado de credibilidad y certidumbre a la historia. Cada texto, en efecto, pertenece a su propio contexto, con costumbres, lenguajes y significados distintos. Algunos historiadores como Mel-

<sup>45</sup> Terreros y Pando, *Diccionario castellano*, p. 297.

<sup>46</sup> Almeida, *Recreación filosófica*, p. 177.

<sup>47</sup> Almeida, *Recreación filosófica*, p. 177.

<sup>48</sup> Forner, «Reflexiones», p. 5-6.

<sup>49</sup> *Correo de Madrid*, 9 de abril de 1788, p. 838.



chor Gaspar de Jovellanos, que destacaban la necesidad del rigor crítico y metodológico, eran conscientes de ello<sup>50</sup>. Quien fuera ministro de Gracia y Justicia llamaba precisamente a contextualizar la Edad Media en medio de una cultura que consideraba reprobables muchos comportamientos con los que la nobleza medieval ocupaba su tiempo<sup>51</sup>. ¿Para entender el cambio histórico no era necesario que los historiadores, como sostenía Clifford Geertz, hicieran un ejercicio de «traducción» entre el presente y el pasado? ¿No era la historia, después de todo, un ejercicio de difícil equilibrio en el que los hechos del pasado se extraían de su propio contexto para ser llevados al presente, y entonces, contextualizarse de nuevo en sus circunstancias históricas originales?

Como sostiene Jaume Aurell, podía entenderse que la historiografía «codifica una realidad pasada para fusionarla con el presente»<sup>52</sup>. Presente y pasado, con la potencia mitificadora de este último, no siempre eran distinguibles. Aunque en manos de los historiadores, el presente y el pasado se aproximaban en un diálogo difícil de concluir, ambos tiempos no eran exactamente lo mismo. Como estudió Peter Burke, esta fue una diferenciación que ya se había forjado en el Renacimiento. De todos modos, no siempre se entendió como una distinción nítida, el espacio entre ambos se reduce en muchas de las obras históricas del periodo<sup>53</sup>. La utilidad y los usos del pasado eran una de las claves que lo explicaban. Como argumentaba uno de los impresos dedicados a celebrar los viajes que la monarquía impulsaba para recopilar documentos, muchas veces la dificultad estribaba en que las crónicas tenían «una inmediata relación con nuestro estado político»<sup>54</sup>. Permitían así construir una idea de continuidad y filiación inexistente pero necesaria para aquella generación. La recuperación de la época de los visigodos en la historiografía española atestigua bien este argumento.

Sin duda, el problema no estaba solo en los visigodos. Roma facilitaba buenos ejemplos de cómo la historiografía de la Ilustración reducía la distancia entre

<sup>50</sup> En realidad, el concepto de «historiador» aplicado a figuras específicas del periodo puede resultar problemático y controvertido. Es el caso de Jovellanos que, como es sabido, escribió textos fundamentales en variados ámbitos como la pedagogía, la jurisprudencia, la política o la economía. Crítico, teórico, aficionado y coleccionista, sus labores fueron desde la realización de estudios sobre geografía histórica al estudio de las antigüedades de España, los informes sobre monumentos y las censuras sobre textos históricos. Juan Díaz Álvarez se refiere a su producción intelectual como la de «historiador de las Bellas Artes» (Díaz Álvarez, 2017). A finales del siglo XIX, la Real Academia de la Historia también remarcó su condición como «cultivador de la Historia» y sus relaciones con otros importantes historiadores de su tiempo como José Vargas Ponce. La historiografía contemporánea ha destacado especialmente su interés por la historia moral y la cultura clásica: Baras Escolá, 1992.

<sup>51</sup> Nieto Soria, 2007, p. 43.

<sup>52</sup> Aurell, 2016, p. 28.

<sup>53</sup> Burke, 2006.

<sup>54</sup> Abella, *Noticia y plan de un viaje*, p. 4.

## HISTORIADORES BAJO LA SOMBRA DE LA SOSPECHA

presente y pasado. Los historiadores aprovechaban para denunciar la violenta conducta del imperio romano, aunque la estética de la época hubiera podido proporcionar ejemplos para la práctica política como resultó en el *Sistema de Adornos* del Palacio Real de Madrid propuesto por el fraile benedictino Martín Sarmiento (1695-1772). Esta dinámica se evidencia cuando los romanos eran comparados por su carácter opresor con Napoleón, pero también cuando los compendios de historia argumentaban que

su nombre nos impone y poco falta para que gimamos bajo las ruinas de aquel imperio y aborrezcamos a sus destructores como a monstruos igualmente viles que abominables. ¿Pero el coloso que aniquilaba las naciones y que se había formado de sus ruinas, debe acaso interesarnos más que los pueblos cuya sangre circula en nuestras venas?<sup>55</sup>.

Eran muchos los motivos que podían mover a los historiadores al engaño, sobre todo cuando estos se basaban en crónicas medievales de dudosa fiabilidad, llenas de mentiras y calumnias, según consideraban. Impregnado de la noción de patriotismo, en un presente más frágil que el pasado hacia el que miraba, el historiador José Berní calificó al monarca medieval Pedro I como rey de España y no como monarca de Castilla. Fue entonces cuando Tomás Antonio Sánchez (1723-1802), divulgador de poesías como el *Cantar del Mío Cid*, le impugnó al respecto

no dudo que sabrá vuestra merced porque se lo llama, y que tendrá mil razones para sostenerlo sacadas de los archivos [...]. Nuestros historiadores le llaman rey de Castilla y León, y aún dicen que no lo fue de Aragón ni de Portugal. Con que vea vuestra merced por su vida que caso debemos hacer de lo que dicen los historiadores<sup>56</sup>.

Aunque el alma de la historia, en realidad, siempre había sido la verdad, el marqués de Mondéjar —que, como apunta Antonio Mestre, participó activamente en el nacimiento del criticismo histórico— advertía que «deja[ba] de serlo cuando el arte de los historiadores, atendiendo más a la perfección del decir que a la averiguación de las cosas, las viste con circunstancias que no tuvo, para hacerlas más admirables a los lectores»<sup>57</sup>. El pasado quedaba alterado bajo las circunstancias de un presente que le imponía nuevos significados, más épica que verdad y contextos que no habían existido y que llevaban a condenar o elogiar a

---

<sup>55</sup> Millot, *Elementos*, p. 2.

<sup>56</sup> Fernández, *Carta familiar*, p. 40.

<sup>57</sup> Ibáñez de Segovia, *Advertencias a la historia*, p. 3.



sus protagonistas. En el oficio intelectual, podríamos decir, interviene siempre la personalidad de quien lo desempeña, elogiara o no la historiografía crítica<sup>58</sup>.

Cristóbal Colón fue un personaje reivindicado y alabado por la historiografía europea, aunque se discutiera, como hizo el bibliotecario y párroco Juan de Ferreras (1652-1735) —considerado un renovador de la historiografía española— si verdaderamente Colón era el responsable del «descubrimiento» de un nuevo continente<sup>59</sup>. Aunque su respuesta fue negativa, para algunos intelectuales su figura se había convertido en la de un héroe, en un marinero perspicaz e instruido. El dramaturgo Vicente García de la Huerta (1734-1787) dibuja así al personaje histórico, el mismo personaje al que Juan Nuix (1740-1783), jesuita versado en historia de las Indias, consideró el primer opresor de la América.

El propio Juan Nuix reconoció que eran unas palabras difíciles de escribir para él. En sus *Reflexiones Imparciales* confesaba admirar a Colón como si en realidad fuera «un ilustre español»<sup>60</sup>. Otros observadores ingleses elogiaban su comportamiento. Aunque Colón venía de una familia de ignorantes, era sagaz, de severa disciplina e incluso buena persona. Despertó los celos de Fernando el Católico que, precisamente como rey de Aragón, legitimó la idea de que el Nuevo Mundo se había descubierto gracias a la participación de Castilla y León, y no de su reino, al que el propio rey excluyó del proceso de conquista. Los usos del pasado llegaban al punto de afirmar en *The Spanish Empire in America*, una obra escrita por un comerciante anónimo, posiblemente John Campbell, que no hubo un hombre mejor que Colón<sup>61</sup>.

En esta línea, la figura de Colón fue reivindicada por la literatura europea, especialmente por el historiador escocés William Robertson (1721-1793) y la dramaturga francesa Anne-Marie du Boccage (1710-1802). Esta última presentó a Colón como «un nuevo Ulises» que necesitaba de un «nuevo Homero»<sup>62</sup>. Sus textos, pese a la reivindicación del personaje, no parecieron contentar a algunos de los periodistas españoles que escribieron en el *Diario de Madrid*. Denunciaban que pese a reivindicar a Colón lo importante era que «donde hizo tan grandes

<sup>58</sup> Proust, 2001, p. 106.

<sup>59</sup> Historiadores y cronistas manejaron el concepto de «descubrimiento» con el que otorgaron legitimidad a una visión eurocéntrica y colonial del mundo propia de su contexto histórico. Sobre el sesgo de la historiografía y el protagonismo de unos pueblos frente a otros en este llamado «descubrimiento», Vélez Palmira, 2007. Más que descubrimiento, la crítica filosófica e historiográfica se ha referido a la «invención de América» (O’Gorman), que desmontó la idea de etnocentrismo asociada al mismo o incluso al llamado «encubrimiento» (Dussel). Ambos conceptos, eurocentrismo y América, caminaron paralelamente en el tiempo: Zavalá, 1992.

<sup>60</sup> Nuix, *Reflexiones imparciales*, p. 261.

<sup>61</sup> *The Spanish Empire*, p. 17.

<sup>62</sup> Bocage, *La Colombiade*, p. 7.

servicios callan todos»<sup>63</sup>. La historia, quizá tanto ayer como hoy, interesaba en la medida en la que formaba parte del presente. Detrás de la sombra de Colón, había un problema de conciencia nacional, pero también de una cierta conciencia común, por encima de adscripciones patrióticas.

Después de las quejas publicadas en el *Diario de Madrid* y de la reivindicación de la responsabilidad de Castilla en el proceso de conquista, parece claro que el contexto que envolvía a los historiadores condicionaba en gran medida lo que estos escribían sobre el pasado, influidos por los saberes ya formados en la sociedad en la que vivían. Allí, en su propio presente —en el que Castilla tuvo un peso relevante en la construcción del pasado frente a otros territorios y en el que los intelectuales españoles sintieron «amenazado» su relato histórico por los «extranjeros»—, era donde empezaban sus reflexiones históricas. Y de vuelta, al problema de la parcialidad y la imparcialidad. Forner señalaba que los pocos historiadores que habían escrito «de estos dos últimos siglos han sido más bien abogados de nuestros reyes que relatores imparciales y desinteresados»<sup>64</sup>.

La comparación del historiador con el abogado y también en ocasiones con el juez evocaba los problemas de definición de las naciones, de los imperios y de las realidades geográficas más amplias. Y es que, según la actitud de la época, no se podía depositar la fe en cualquier tipo de historia. A veces los historiadores magnificaban el pasado y otras tantas pasaban por alto ideas, objetivos y personajes que posiblemente jamás tuvieron el papel histórico que ellos mismos confesaron tener. No se puede creer sin más a los testigos; es precisa, por lo tanto, «toda la crítica porque están llenos los libros de infinitas mentiras»<sup>65</sup>.

A diferencia del poco apego que, al menos, una parte de los historiadores contemporáneos han sentido por la reflexión teórica<sup>66</sup>, los intelectuales del periodo reflexionaron sobre las limitaciones, las responsabilidades, la credulidad y las dificultades de los historiadores para encajar las piezas en el conjunto de la historia. Desde su espíritu crítico reconocían que «los lectores abrazan ciegamente» casi «cualquier relación que se les presenta», como escribía algún desconocido periodista del *Memorial Literario*<sup>67</sup>. Entre tantas historias generales, locales y nacionales, no era raro encontrar «tan poco bueno»<sup>68</sup>.

<sup>63</sup> *Diario de Madrid*, 3 de agosto de 1789, 215, p. 858.

<sup>64</sup> Forner, «Reflexiones», p. 89.

<sup>65</sup> Almeida, *Recreación filosófica*, p. 172.

<sup>66</sup> Aquellos a los que Aurell, 2018, pp. 14-26, clasifica como «arqueologistas» frente a los «presentistas». La resistencia de los historiadores a explicitar sus metodologías en Gaddis, 2004, p. 11.

<sup>67</sup> *Continuación del Memorial literario*, p. 61.

<sup>68</sup> *Continuación del Memorial literario*, p. 65.



¿Cuántas historias sesgadas y superficiales se habían escrito hasta el momento? Era necesario edificar de nuevo, pero en el camino para hacerlo no hubo consenso. Los historiadores defendieron la verdad histórica como objetivo alcanzable, su necesidad de convertirse en hombres de «juicio maduro y prudente» que debe «citar personas inteligentes en la materia del hecho»<sup>69</sup>. Pese a que algunas premisas dependieran del propio autor y su carácter, reclamaban que la historia no podía ser arbitraria ni tampoco una conjetura. Por mucho que se basara en elecciones y decisiones que habían tomado sus autores.

#### 4. HISTORIA Y LITERATURA, UNA RELACIÓN COMPLICADA

Los vínculos entre historia y literatura, entre realidad histórica y ficción, eran fundamentales en los debates que sobre los historiadores acontecieron en la prensa y también en muchos impresos. También lo han sido para los historiadores contemporáneos, que se han debatido entre su rechazo y aceptación e incluso necesidad. Sabemos ya que los historiadores del siglo XIX se fue alejando de la literatura y que solamente este tono se recuperaría después, como sucedió en la tercera generación de *Annales* y entre otros historiadores que publicaron sobre todo entre los años setenta y ochenta del siglo pasado<sup>70</sup>. ¿Y en el siglo XVIII? ¿Denunciaron los eruditos la «necesaria» distinción entre historia y literatura en la búsqueda de los ilustrados de una mayor autonomía de la historia como ciencia que amplía sus intereses y perspectivas? ¿Dejó de verse la historia como género literario?

Las distancias fueron variables y las fronteras entre ciencia y arte no estaban aún bien definidas. Las páginas del *Memorial Literario* valoraban a los historiadores por su calidad literaria y expresaban las dudas de cuánto había progresado España en el siglo XVIII. Pese a la existencia de grandes historiadores como Juan de Ferreras o Andrés Burriel, había en realidad pocos historiadores con lo que ellos llamaban «la calidad de los buenos poetas»<sup>71</sup>. La convergencia entre historia y literatura era ya un tema espinoso mucho antes del siglo XIX. ¿Apuntaron los intelectuales del periodo que se trataba de dos ramas distintas que albergaban fines diferentes? ¿Era incompatible preocuparse por la belleza y el estilo literario de los textos históricos con la aspiración a la verdad histórica y al rigor? ¿La historia era una narración, tal y como la definía Terreros, pero que al perseguir

<sup>69</sup> Almeida, *Recreación filosófica*, p. 176.

<sup>70</sup> Aurell, 2006, p. 642. Ver el volumen coordinado por Jordi Canal sobre las relaciones entre historia y literatura en *Ayer*, 2015.

<sup>71</sup> *Continuación del Memorial literario*, p. 65.



la veracidad se alejaba de lo ficcional? ¿Era más importante la forma que el contenido?

Estas preocupaciones nos recuerdan a las palabras del historiador Peter Gay, cuando apuntaba que la historiografía, en realidad, podía entenderse como un debate inconcluso entre aquellos que proponen la belleza con verdad y la verdad sin belleza<sup>72</sup>. La historia era una narración, como la definía Terreros y Pando, que apostaba por la belleza literaria, por la finura y claridad del lenguaje, aunque también por los hechos verídicos.

Pese a que la historia pudiera considerarse un género literario, el *Correo de Madrid*, en un ejemplar del 19 de agosto de 1789, nos ofrece buenos ejemplos de cómo la historia debía apartarse de lo novelesco, de la fantasía y del divertimento personal, porque el historiador «no es reformador, ni un filósofo de cuyas reflexiones depende la suerte de un estado, es un mero relator fidedigno y cuyo trabajo se dirige a descubrir lo que el tiempo y el engaño han procurado ocultarnos: la historia es pues un protocolo de los sucesos pasados referidos al pie de la letra como sucedieron»<sup>73</sup>. La literatura, y específicamente la novela, era compuesta según el capricho del autor, mientras que la historia era «al pie de la letra como sucedió». Una expresión que, por cierto, nos recuerda en gran medida a la célebre expresión de Leopold Von Ranke, aquel famoso «tal y como sucedió» con el que se marca el paso a una «historia netamente académica y profesionalizada y el abandono de la moralización»<sup>74</sup>.

Y no es el único ejemplo. Las diferencias entre la historia, la oratoria y la poesía eran remarcadas en otra publicación nuevamente cuando afirmaba:

el historiador sigue la verdad, el orador la verosimilitud, pero el poeta no tiene inconveniente en mezclar la verdad con la fábula, pues para todo tiene licencia. Cicerón divide la narración en histórica, civil y fabulosa. La primera explica las cosas hechas y los sucesos pasados. La segunda las cosas que se disputan o controvierten para hacerlas perceptibles a aquellos a quienes se explican y la tercera declara las cosas fingidas o fabulosas. La primera es propia del historiador, la segunda del orador y la tercera del poeta. Los dos primeros siguen y guardan en sus narraciones el orden de los tiempos y serie de los sucesos, pero el tercero nada de esto observa<sup>75</sup>.

Pese a que el oficio del historiador pudiera considerarse una sincera narración de sucesos, ordenados y coherentes, que debían poder comprobarse a través de las fuentes —no basta que este diga la verdad, sino que también, sus

<sup>72</sup> Gay, 1974, p. 188.

<sup>73</sup> *Correo de Madrid*, 19 de agosto de 1789, p. 2304.

<sup>74</sup> Ucelay Da Cal, 2009, p. 177.

<sup>75</sup> Pabón Guerrero, *Retórica Castellana*, p. 116.



fuentes o como decían en la época «quién le dio la noticia»— al menos en algunos puntos su oficio se acercaba al del poeta. Así lo argumentó un periodista del *Correo de Madrid*, una de las publicaciones en las que colaboraron Manuel María Aguirre, José Cadalso o Juan Pablo Forner. La historia y la literatura eran una vocación, pues «ha de nacer tal»<sup>76</sup>. La historia seguía teniendo esa dimensión poética —no le quiten a «nuestra ciencia» esa «parte» de «poesía», exclamaría mucho después Marc Bloch<sup>77</sup>— perfectamente compatible con su objetivo de representar los hechos verdaderos<sup>78</sup>.

##### 5. ¿REPRIMIR LAS EMOCIONES O DEJARSE LLEVAR POR ELLAS?

La historia no solo se vistió con los ropajes de la razón y se vio inmersa en los debates que la separaban o alejaban de la literatura. Los historiadores se vieron condicionados por las preocupaciones intelectuales que trataban de asegurar la verosimilitud de los hechos históricos a partir del uso de las fuentes. Pero la reelaboración del pasado se mezcló también con manifestaciones afectivas que tenían un efecto poderoso junto a las palabras. El discurso histórico se mezcló con los afectos y los sentimientos, estímulos como la simpatía, la afinidad y el rechazo. ¿Cómo resultó posible? ¿Acaso no consideraban los intelectuales de este momento, como sucede en la actualidad, que los historiadores debían alejarse de las pasiones para conseguir una historia imparcial y aspirar a la verdad, aquella que tanto habían reivindicado Polibio y Cicerón en sus propios tiempos? Pese a sus preferencias personales, el historiador estaba precisado a exponer los hechos como pasaban «y no como debieron pasar y a pintar los personajes con los colores que le fueron propios y no con los que debían haberse mostrado»<sup>79</sup>. Exhibir emociones en un compendio, una genealogía o una crónica significaba intervenir en la propia narración que el historiador escribía o decidía publicar. Las sepulturas con los epitafios de los reyes en los reinos medievales de Asturias

<sup>76</sup> *Correo de Madrid*, 19 de agosto de 1789, p. 2302.

<sup>77</sup> Bloch, 1996, p. 44. Bloch afirmaba literalmente «cuidémonos de no quitarle a nuestra ciencia su parte de poesía. Sobre todo, cuidémonos, como he descubierto en el sentimiento de algunos, de sonrojarnos por su causa. Sería una increíble tontería creer que por ejercer semejante atractivo sobre la sensibilidad es menos capaz de satisfacer nuestra inteligencia».

<sup>78</sup> Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano, *Apología del tomo v de la Historia Literaria*, p. 204.

<sup>79</sup> Becchetti, *Continuación de la Historia eclesiástica*, p. 26. Su traductor, el dominico Ventura Martínez compaginó su actividad censora en la Inquisición de Valladolid con la versión de una historia eclesiástica que publicaron las imprentas de Benito Cano. Frente a la historia civil, la historia eclesiástica fue uno de los campos en los que los cronicones introdujeron las ficciones que afectaban a la historia de la Iglesia y a los orígenes del cristianismo (y que fueron criticadas, por cierto, por el erudito Nicolás Antonio y otros novatores). Por su estrecha relación con las preocupaciones que subyacen a la historia de España, esta última debe ser pensada en diálogo con la primera. Especialmente sobre Flórez y sus relaciones con Mayans, Mestre, 2003, p. 80.

y León «maravillaban» a los historiadores<sup>80</sup>. Por mucho que pudieran fascinar a anticuarios e historiadores, las emociones tenían la culpa de que algunos de ellos hubieran perdido su crédito<sup>81</sup>.

José Ledo del Pozo, que había escrito una historia sobre Pedro el Cruel, afirmaba que la historia se debía escribir con la indiferencia de los afectos<sup>82</sup>. Los *Elementos de Historia Universal* que había escrito originalmente el jesuita Millot (1726-1785) no se expresaban en esta dirección con tanta claridad. El compendio de Millot seguía al historiador escocés Ferguson —la traducción del texto al castellano alcanzó por lo menos siete ediciones y unos cuatrocientos suscriptores repartidos entre abogados, párrocos, militares, caballeros y fiscales— y defendía, de nuevo, que la historia debía perseguir la verdad.

No podía limitarse a relatar el pasado, sino a explicar las causas de los acontecimientos y ofrecer ejemplos prácticos de aquello que interesaba a la sociedad —ya fueran ejemplos de degradación, corrupción e ignorancia, de pasiones no bien encauzadas— aunque no se pudieran separar «las luces de los sentimientos» de una historia que, en su pasado más bárbaro, incluso provocaba vergüenza y lágrimas o que incluso llegaba a estremecer a los lectores<sup>83</sup>. Que los *Elementos de Historia Universal* siguieran al historiador escocés no es, por cierto, una casualidad. Precisamente la Ilustración escocesa había rehabilitado la consideración de los afectos y las emociones en aquel periodo, no tanto como pasiones que cegaban a los hombres, como había ponderado el discurso tradicional católico, sino como fuente de progreso y prosperidad para las sociedades civilizadas<sup>84</sup>.

Juan Nuix, que había publicado un texto sobre la conquista de América en el que defendía a los españoles de las acusaciones de crueldad y barbarie, reconocía escandalizarse al relatar algunos episodios de un pasado romano bastante lejano. Se refería a los tiempos en los que el militar romano Lucio Lúculo, conocido por sus extravagancias y campañas militares, se había visto envuelto en sangrientos combates en su ataque a los vacceos que vivían en la cuenca del Duero. Afirmaba que «el ánimo se horroriza al contar la bárbara crueldad con que Lúculo hizo pasar a cuchillo a los de Caucia cuando más descuidados estaban en fe de la capitulación»<sup>85</sup>. De Roma a Japón, donde un compendio de geografía e historia

<sup>80</sup> Morales, *Corónica general*, p. V.

<sup>81</sup> Pellicer y Saforcada, *Ensayo de una biblioteca*, pp. 70-71.

<sup>82</sup> Ledo del Pozo, *Apología del rey Don Pedro de Castilla*, p. 66.

<sup>83</sup> Millot, *Elementos*, p. 34.

<sup>84</sup> Wences Simón, 2018.

<sup>85</sup> Nuix, *Reflexiones imparciales*, p. VIII.



escrito por el misionero e historiador jesuita Pedro Murillo (1696-1753), publicado en 1752, confesaba que escribía sobre el país nipón, aunque dudaba sobre si «caerá de mi mano desmayada de dolor la pluma. Temo que borren las lágrimas cuanto intente imprimir la tinta»<sup>86</sup>.

Lágrimas e irritación se apoderaban de algunos historiadores cuando miraban hacia atrás, sin duda un buen recurso retórico para suscitar reacciones en el lector que sin duda desconocemos. El historiador Antonio de Capmany no podía dejar de mirar a los siglos pretéritos «con la indignación las calamidades que causaron la barbarie de las costumbres y las pasiones de los palacios»<sup>87</sup>. E incluso animaba a llorar a los que leyeran «la historia triste de nuestros antepasados». El excesivo culto al pasado como gloria era criticado por Capmany cuando clamaba contra los que injuriaban «a vuestro siglo» a costa de elogiar ciegamente a los pasados que eran admirados sin más. La magnificencia del paisaje urbano de los gloriosos imperios del pasado «excita nuestra admiración» pero «nos entristece la idea de los sudores que ha costado y la de su ruina, acaso nos representa nuestra memoria suntuosos palacios de reyes, ciudades, imperios que han desaparecido sobre la tierra»<sup>88</sup>.

Razón y sentimiento, parcialidad e imparcialidad, presente y pasado aparecen como los ejes de una historiografía que está debatiendo sobre sus propias posibilidades y limitaciones. Esta historiografía fue producto de una sociedad que quiso distinguir lo verdadero de lo mitológico o fabuloso, pero también de una sociedad que hizo elogio de la sensibilidad del corazón, de la capacidad de compadecerse, de apropiarse de los dolores de otros, de horrorizarse o de llorar<sup>89</sup>. Cuando un autor próximo a los círculos ilustrados vascos recordaba la conquista de América y el sacrificio de los conquistadores de aquel pasado escribía que «el amor a la patria renueva en mi corazón vivísimos sentimientos y a la fuerza del dolor hace desfallecer mi ánimo»<sup>90</sup>. La conquista de América ofreció más de un ejemplo en este sentido, sobre todo cuando los intelectuales recordaban a Hernán Cortés, considerado principal protagonista de la conquista de México. En un poema biográfico, dedicado a la vida del conquistador extremeño, podía leerse: «lloraré al ver la guadaña cortar tan preciosa vida y si el golpe a tantos daña que es universal la herida, lloraré por toda España»<sup>91</sup>.

<sup>86</sup> Murillo Velarde, *Geografía histórica*, p. 262.

<sup>87</sup> Capmany, *Teatro histórico-crítico*, p. 261.

<sup>88</sup> *Semanario de agricultura y artes dirigido a los párrocos*, 30 de septiembre de 1802, p. 210.

<sup>89</sup> Bolufer, 2015, pp. 2055-2066.

<sup>90</sup> *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, 16 de marzo de 1789, pp. 987-988.

<sup>91</sup> Morales, *Vida de Hernán Cortés*, p. 64.

6. LA HISTORIA Y LA CONFUSIÓN

Si lo cuestionamos todo ¿de qué historia podremos fiarnos? ¿Cuáles son nuestros andamiajes y referentes? ¿Podemos neutralizar la subjetividad del historiador? ¿Cómo definir su cometido y distinguirlo de otros? Estas son algunas de las preguntas que se hacían muchos de los intelectuales de aquel momento, aunque tampoco los historiadores las han abandonado en la actualidad<sup>92</sup>. No era fácil, claro está, encontrar respuesta. Periodistas que escribieron en el *Espíritu de los Mejores Diarios*, uno de los periódicos más representativos del espíritu filosófico y partidario del progreso en España, eran conscientes de que se encontraban ante un mar de tópicos e incertidumbres y que los límites de la crítica debían de precisarse. Usaron su pluma para defender posturas intelectuales caracterizadas por la indeterminación, el relativismo y el cuestionamiento escéptico, e incluso por el rechazo a la autoridad de los historiadores. Apostaron por entender la historia como una narración que va, en realidad, mucho más allá de la propia historia.

El diario, que en 1788 tenía una tirada de 1360 ejemplares y que precisamente en 1789 contaba con más de 600 suscriptores —la mayor parte de ellos en provincias y en Madrid, aunque también en Nueva York y Orán— publicó algunos textos que polemizaban sobre los historiadores<sup>93</sup>. Mostraron en ellos cierta inseguridad sobre lo que significaba el pasado y lo que podían saber sobre él. Algunos ejemplos situados en la historia antigua trivializaban el oficio del historiador y llegaban a la conclusión de que las historias que se habían publicado en los últimos tiempos eran fastidiosas e inútiles. Ya David Hume había reconocido que no había sucesos en la historia antigua de los que pudieran estar muy seguros<sup>94</sup>. No se encontraba muy lejos el autor de aquel artículo de la afirmación del filósofo escocés, cuando creía que la figura de Aníbal había sido desfigurada. Más aún si reparaba en que muchos de los textos conocidos estaban escritos por sus enemigos. ¿Cuántas cosas nos hicieron ignorar [los historiadores] de este grande hombre [Aníbal]? «Yo no acabaría si quisiera manifestar todos los errores, todas las reflexiones mal hechas de los historiadores»<sup>95</sup>.

Demasiados pasados como para saber cuál de todos era más creíble. Un periodista del *Espíritu* apuntaba hacia el descrédito de la historia y la subjetividad de los historiadores que «cada uno presenta diferentemente los objetos, cada

<sup>92</sup> Véase el número dedicado a la cuestión de la responsabilidad de los historiadores en la revista *Alcores*, 2006, especialmente los artículos de Ignacio Peiró, Jörn Rüsen y Francisco Javier Caspistegui.

<sup>93</sup> Larriba, 2013, p. 88.

<sup>94</sup> Mudrovcic, 1991, p. 29.

<sup>95</sup> *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, 8 de septiembre de 1788, p. 360.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

uno hace su sistema, cada uno quiere añadir una cosa de su caudal y en fin todos quieren hacer ostentación de su talento. Habían olvidado que la tarea más importante que asumía el historiador era buscar la verdad. ¿Cómo no se han de desfigurar los objetos? ¿Cómo no se han de alterar, oscurecer y acortar los hechos?»<sup>96</sup>. Más aún, los historiadores «escribieron cuanto hallaron sin la menor averiguación ni examen»<sup>97</sup>.

La historia, podía leerse en la obra de Diego de Faro —publicada en Lisboa en 1752, en la que ofrece una clasificación de las cuestiones más importantes tratadas por Feijoo en su *Teatro Crítico*— era comparada con un plato de cocina porque «se guisa como los manjares. Cada uno escribe a su paladar y a su gusto e inclinación»<sup>98</sup>. La historia aparecía como un saber dependiente de la mirada del historiador, de sus tendencias y de su estilo, como una narración que aludía a realidades que más bien se encontraban fuera del texto escrito, como la subjetividad, el propósito y el estilo más o menos elegante de su autor. La historia se convertía en la materialización de un punto de vista sobre el pasado, en el que el Rodrigo Díaz de Vivar, el conocido Cid Campeador, encumbrado por la historiografía liberal, podía convertirse en un ladrón cobarde o en un caballero victorioso<sup>99</sup>.

La historia no dejó de ser un terreno inseguro, de debate, de confrontación e inestabilidad. Más allá de la fatiga que suponía revolver el polvo de los archivos y desenterrar antiguas memorias, el párroco de una pequeña aldea cerca de la ciudad del Tormes, Bernardo Dorado (1710-1778), asumía que el oficio del historiador no estaba exento de dificultades. Dorado había escrito una historia local después de concluir sus estudios en la universidad de Salamanca<sup>100</sup>. Se presentaba a sí mismo como un buen patriota y apuntó que algunos de sus antepasados no habían escrito ninguna historia digna de mérito. Las causas eran variadas: falta de interés, archivos que habían sido quemados, conjeturas y falsedades varias... todo ello hacía que para Dorado la historia pudiera convertirse en un laberinto desordenado y poco seguro que ni siquiera él podía desentrañar<sup>101</sup>.

<sup>96</sup> *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, 8 de septiembre de 1788, p. 360.

<sup>97</sup> Almeida, *Recreación filosófica*, p. 176.

<sup>98</sup> Faro y Vasconcelos, *Índice general alfabético*, p. 163. Para la reelaboración de la Antigüedad en el discurso histórico Wulff Alonso, 1995, pp. 135-152.

<sup>99</sup> Masdeu, *Historia crítica de España*, p. 273 y Martín, *Historia verdadera y famosa*.

<sup>100</sup> Dorado, *Compendio histórico*.

<sup>101</sup> Dorado, *Compendio histórico*, p. 4.

## HISTORIADORES BAJO LA SOMBRA DE LA SOSPECHA

Reconocía que hacía falta un cierto reposo para examinar los hechos que llegaban desfigurados al público, aunque quisiera llevar a la imprenta un compendio «de este gran pueblo» que era «mi patria»<sup>102</sup>. Más allá de su intención de resaltar los particularismos de Salamanca, Dorado no era el único que veía la historia como una especie de laberinto caótico. Cada día crece más la confusión y «en lugar de tomar asiento las cosas» se levantan «sistemas» contra «sistemas». Faltaban documentos, sí y la crítica podía convertirse en una actitud excesiva. Pero la historia no podía escribirse a fuerza de conjeturas y discursos voluntarios, sino que dependía únicamente de la noticia cierta de los hechos<sup>103</sup>.

A veces los historiadores habían sido privados de sus medios para asegurar la verdad. La causa también residía en la parcialidad, en la envidia o la malicia, que en la pluma del historiador convertía una pintura fiel del pasado «en una caprichosa compilación de hechos desfigurados»<sup>104</sup>. En otras ocasiones, las críticas venían por el carácter de sus juicios personales y su servicio a una causa concreta: «rara vez cuentan todas las cosas malas, ya porque les horroriza el contarlas, ya porque la adulación les impelía a suprimirlas, ya porque el miedo les obligaba a buscar alguna coonestación aparente»<sup>105</sup>.

El *Memorial Literario* comenzó su andadura como periódico en 1784 y contó con 798 abonados en provincias y 325 lugares de suscripción, como apunta Elisabel Larriba. Dirigido tanto al medio urbano como rural, se integró como el *Espíritu* en publicaciones de carácter literario. Un artículo publicado en el número veinticuatro ofrecía más críticas sobre la historia. Este fragmento resulta ilustrativo: «dicen que la historia es el almacén de las experiencias morales, sí. Pero lleno de escombros, todo es una confusa mezcla de reflexiones y hechos, a veces estos sirven de principios y a veces los raciocinios se revisten de la autoridad que solo puede fundarse en los hechos: todo lo cual nos impide hallar los ocultos registros del corazón humano, que es lo que nos importa conocer, porque para convencernos de la inconstancia de la fortuna, de la inestabilidad de los imperios, de la vicisitud de las cosas humanas, de que hoy es yermo lo que ayer paraíso delicioso ¿a qué fin revolver tantos cronicones, desojarse en leer gastados pergaminos y tragar tanto polvo registrando archivos?»<sup>106</sup>. La historia, en este Me-

---

<sup>102</sup> Dorado, *Compendio histórico*, p. 4.

<sup>103</sup> Abella, *Noticia y plan de un viaje*, p. 39.

<sup>104</sup> Corradi, *Descubrimiento o conquista*, p. 142.

<sup>105</sup> Sarmiento, *Demostración crítico apologética*, p. 165.

<sup>106</sup> *Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, Diciembre de 1785, xxiv, pp. 180-182.



*morial*, era definida como una especie de «oráculos, o mudos, o ambiguos o embusteros»<sup>107</sup>. A través de la prensa y otros testimonios, se construye una diferencia entre el pasado sucedido y la narración o lo que conocemos sobre ese pasado.

Este artículo del *Memorial*, publicado en 1802 y dedicado a la literatura francesa, elogiaba el discurso de Louis-Sébastien Mercier, conocido editor del *Journal des Dames* y admirador de Rousseau, aunque crítico con la crueldad de los españoles en América «la única nación que no ha merecido el perdón ni siquiera de la benevolente sociedad del siglo...»<sup>108</sup>. Atacó el valor y el sentido de la historia de un modo muy provocativo. Su discurso se utilizó para difundir la inutilidad de la historia y proponer ideas tan escépticas como estas: «considérese el distinto temple de cada historiador, la diversidad de miras e intereses que dirigen sus plumas y se hallará que todos son como otros tantos vasos que hacen mudar de color el líquido que contienen»<sup>109</sup>.

La historia podía convertirse en una cuestión de miras e intereses y también de creencias más que de certidumbres. Y ello pese a que los autores estuvieran comprometidos con limpiar la historia de fábulas, como reconocía el propio José Ortiz y Sanz (1739-1822), un sacerdote católico que trabajó en la Biblioteca Real, de mentalidad crítica y liberal, anticuario y especialista en la Antigüedad Clásica. En medio de aquel ambiente de confianza en el racionalismo y el criticismo en el que vivió, no le quedó más remedio que «contentarse con creer» que los descendientes de los hijos o los nietos de Jafet llegaron a España como primeros pobladores de la península<sup>110</sup>.

#### UNA REFLEXIÓN FINAL

Comenzaba estas páginas con la idea de problematizar la historiografía de la Ilustración, conectándola con algunos debates teóricos propios de la historiografía contemporánea. He remarcado mi propósito de resaltar la polifonía de opiniones que se generaron sobre su papel, delimitaciones y características. Basándome en casos particulares, mi intención era adentrarme en una tensión difícil de resolver entre diferentes posturas (y tiempos históricos, el nuestro y el contexto de la época). Estas posturas discuten la concepción, los objetivos y el carácter de una práctica intelectual que está generando representaciones variadas y muchas dudas sobre la dirección a la que les conduce la historia que escriben.

<sup>107</sup> *Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, Diciembre de 1785, xxiv, pp. 180-182.

<sup>108</sup> Mercier, 2016.

<sup>109</sup> *Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, Diciembre de 1785, xxiv, p. 181.

<sup>110</sup> Ortiz y Sanz, *Compendio cronológicos*, p. 4.



Evidentemente, ya sabíamos que la historiografía de este periodo va mucho más allá de la celebración de la historia crítica, de la legitimación de su presente, de la adulación de los ministros del reformismo borbónico o del impulso del patriotismo que vindicó el carácter civilizado de aquellas historias que hemos analizado —como ellos mismos reconocían— con su orientación a «vindicar de la nota de bárbaros, iliteratos u ociosos»<sup>111</sup>. La caracterización de la historiografía ilustrada como práctica más seria, renovada, crítica y rigurosa respecto a la generación anterior no implica que dejemos de rastrear la existencia de voces más abiertas y discordantes, voces que conectan las historiografías nacionales entre sí, expresiones que pueden parecer inesperadas al contextualizarlas en el marco de los argumentos que otorgaban confianza a la ciencia, a la exactitud y la verificación o a la comprensión de la historia como producto de la razón, el progreso, la virtud y el «bien público». Sin embargo, marcaron también y profundamente, las arenas del debate público del siglo y nos ayudan a complejizar la imagen de lo que era un historiador todavía cuando el Antiguo Régimen no se había derrumbado.

El siglo XVIII fue mucho más que razón, rigor histórico y confianza en el progreso. No se agotan ahí las posibilidades para comprender el pensamiento y la conciencia histórica que cultivaron los intelectuales del periodo, dudosos de la correlación entre testimonio y realidad histórica y de la aportación de la historiografía del siglo XVII, ya completamente desfigurada por esta generación de intelectuales. Periodistas y literatos denunciaron la incapacidad de los historiadores para desaparecer de sus propios textos y propusieron críticas devastadoras que redujeron en ocasiones el saber histórico al mero punto de vista del autor, que participaba consciente e incluso emotivamente en el relato histórico. Desconfiaron de los historiadores y de su excesivo presentismo, aunque muchas veces inevitable, dudando también sobre dónde debían colocarse los límites de la crítica. Sin embargo, también se preocuparon por el pasado que había que conocer, por la consulta de las fuentes (y de los problemas asociados a su análisis) y de cómo escribir la historia rechazando los afectos como incompatibles con la seriedad de su trabajo, aunque se dejaran ver entre sus textos.

La distinción entre historia y literatura (así como la complicada separación entre el historiador y las pasiones humanas) no excluyó la existencia de estas otras voces que apuntaron hacia las paradojas y las pocas certezas que tenían los eruditos, hacia la confusión, la fragilidad y las flaquezas de los historiadores sobre los que precisamente recayeron muchas sospechas. Preocupaciones similares podemos encontrar hoy en día entre los historiadores, sobre todo a raíz de las

---

<sup>111</sup> Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano, *Historia literaria de España*, p. 3.



dudas y de la falta de certezas que han recorrido la historiografía a partir de los planteamientos del giro lingüístico, del giro cultural y el posestructuralismo.<sup>112</sup> Su estudio, en cualquier caso, permite profundizar en la distancia que nos separa o acerca de los planteamientos históricos de estos intelectuales, que parecen quizá no pertenecer a su siglo, aunque lo hicieran plenamente. Como afirma María Inés Mudrovic, el «Siglo de las Luces» propone la conquista del mundo de la historia, pero los ilustrados no se encontraron seguros de cuál era el camino a seguir entre todos los posibles<sup>113</sup>.

Nuestra sensibilidad historiográfica actual se origina, como sugiere Jorge Cañizares Esguerra, en los debates intelectuales de la Ilustración. En ellos se discutía, entre otras cosas, sobre la forma y el modo de escribir la historia de América, en un contexto que fue sintiendo, de una manera cada vez más acelerada, el paso del tiempo que parece llevar hacia la modernidad<sup>114</sup>. Esta sensibilidad historiográfica se nutrió de contribuciones de procedencia muy dispar y de formación desigual: desde las aportaciones de Voltaire, William Robertson, Francisco Javier Clavijero o Gaspar Melchor de Jovellanos a los artículos escritos por periodistas que reflexionaban en el *Correo de Madrid* o el *Memorial Literario*, a los autores de crónicas, compendios y traductores de textos. Entre ellos, autores anónimos o escritores mal pagados a los que muchas veces resulta imposible atribuir la autoría de un texto, pero que incidían con fuerza en la opinión pública, ya fuera a través de la venta callejera, suscripciones o lecturas en voz alta.

El estudio de estos discursos históricos del siglo XVIII permite reflexionar sobre una cuestión capital, la manera en la que nuestras preocupaciones historiográficas no son, simple y meramente, hijas de nuestro tiempo, sino que también son producto de pasados más lejanos. Nuestra sociedad continúa preocupada por la adquisición de certezas, aunque estas ya no dependan tanto de la separación de esos «milagros» que tanto inquietaban a los ilustrados.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Abella, Manuel, *Noticia y plan de un viaje para reconocer archivos encargada por el rey*, Madrid, Imprenta Real, 1795.  
 Almeida, Teodoro, *Recreación filosófica o diálogo sobre la filosofía natural para instrucción de personas curiosas. Tomo VII*, Madrid, Imprenta Real, 1792.  
 Álvarez Junco, José, Gregorio De la Fuente Monge, Carolyn Boyd y Edward Baker, *Historia de España. 12. Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, Madrid, Crítica Marcial Pons, 2013.  
 Aparicio Valero, María Gloria, *Regalismo borbónico e historia crítica. Las comisiones de archivos: su recopilación documental (1749-1756)*, València, Alfons el Magnànim, 2013.

<sup>112</sup> Bonell y Hunt, 1999; Olábarri y Caspistegui, 1996. Una discusión de los planteamientos del giro lingüístico también en Burdiel y Romeo Mateo, 1996.

<sup>113</sup> Mudrovic, 1991, p. 27.

<sup>114</sup> Cañizares Esguerra, 2007, p. 28.

## HISTORIADORES BAJO LA SOMBRA DE LA SOSPECHA

- Aurell, Jaume, «Hayden White y la naturaleza narrativa de la Historia», *Anuario Filosófico*, XXXIX/3, 2006, pp. 625-648.
- Aurell, Jaume, *La historiografía medieval. Entre la historia y la literatura*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2016.
- Aurell, Jaume, «El pasado histórico y el pasado práctico: entre el arqueologismo y el presentismo» en *La utilidad de la Historia*, coord. P. Corti, R. Moreno, J. L. Widow, Gijón, Editorial Trea, 2018, pp. 14-26.
- Aurell, Jaume, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Sosa, *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, Madrid, Akal, 2013.
- Baras Escolá, Fernando, «La historia universal como historia moral del género humano en Jovellanos», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 2, 1992, pp. 29-43.
- Becchetti, Felipe Angelico, *Continuación de la Historia eclesiástica del eminentísimo cardenal Joseph Agustín Orsi. Tomo XXIII*, trad. Joseph Ventura Martínez, Madrid, Benito Cano, 1803.
- Bernardo, Luis Manuel, «The New Golden Age: The cultural memory of the discoveries in the Portuguese Enlightenment Imaginary» en *Literature and cultural memory*, ed. Mihaela Irimia, Andreea Paris y Dragos Manea, Leiden, Kokinklijke Brill, 2017, pp. 157-172.
- Blair, Hugo, *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras. Tomo primero*, Madrid, Antonio Cruzado, 1798.
- Bloch, Marc, *Apología para la Historia o el oficio del Historiador*, ed. Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Bolufer, Mónica, «Estilos emocionales del siglo XVIII», en *Comercio y Cultura en la Edad Moderna. Actas de la XIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, ed. Juan José Iglesias Rodríguez, Rafael Pérez García y Manuel Francisco Fernández Chaves, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015, pp. 2055-2066.
- Bonell, Victoria y Lynn Hunt (ed.), *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, University of California Press, 1999.
- Bocage, Madame du, *La Colombiade ou La foi portée au Nouveau Monde*, Paris, Bassompierre y Vanden Berghen, 1758.
- Burdiel, Isabel y Mari Cruz Romeo Mateo, «Historia y lenguaje: la vuelta al relato dos décadas después», *Hispania*, 56, 192, pp. 333-346.
- Burke, Peter, *El sentido del pasado en el Renacimiento*, Madrid, Akal, 2006.
- Calderón Argelich, Alfonso, «La historiografía del despotismo ilustrado: el siglo XVIII visto por los historiadores del siglo XIX», en *III Encuentro de Jóvenes Investigadores. Familia, cultura material y formas de poder en la España Moderna*, ed. Máximo García Fernández, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2015, pp. 937-945.
- Cañizares Esguerra, Jorge, *Cómo escribir la Historia del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Capmany, Antonio, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española. Tomo III*, Madrid, Antonio de Sancha, 1787.
- Chartier, Roger, *La historia o la lectura del tiempo*, Barcelona, Gedisa, 2007.
- Continuación del Memorial literario. Tomo IV*, Madrid, Imprenta Real, 1794.
- Corradi, Juan, *Descubrimiento o conquista de la América*, Madrid, Imprenta Real, 1803.
- Cruz, Manuel, *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad e historia*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- Davies, Martin, *Historics: Why History Dominates Contemporary Society*, Abingdon, Routledge, 2006.
- Delpiano, Patriccia, «Enlightenment History and Antiphilosophie: Voltaire and Nonnotte in France, Spain and Italy», *Dicottesimo Secolo*, 6, 2021, pp. 121-131.
- Díaz Álvarez, Juan, «Jovellanos: Aficionado historiador de las Bellas Artes (hacia una clasificación de su corpus sobre las artes figurativas y la arquitectura)», *Cuadernos Jovellanistas*, 11, 2017, pp. 55-98.
- Dominguez Lázaro, Martín, «La educación en España en la segunda mitad del siglo XVIII», *Revista Española de Pedagogía*, 167, 1985, pp. 71-89.
- Dorado, Bernardo, *Compendio histórico de la ciudad de Salamanca, su antigüedad, la de su santa iglesia, su fundación*, Salamanca, Juan Antonio de Lasanta, 1776.
- Enciso Recio, Luis Miguel, *Compases finales de la cultura ilustrada en la época de Carlos IV*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2013.
- Faro y Vasconcelos, Diego de, *Índice general alfabético de las cosas más notables de todo el teatro crítico universal*, Lisboa, Francisco Da Silva, 1752.
- Fernández, Pedro, *Carta familiar al doctor D. Josef Berni y Catalá, abogado de los Reales Consejos, sobre la disertación que escribió en defensa del rey Pedro el Justiciero, publicada en la Gaceta de Madrid el martes de 26 de mayo*



Universidad  
de Navarra

FAULTAD DE  
FILOSOFIA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
Y GEOGRAFIA

## NURIA SORIANO MUÑOZ

- de 1778, *envíasela de Burlada, pueblo de Navarra, el bachiller Pedro Fernández*, Madrid, Antonio de Sancha, 1778.
- Forner, Juan Pablo, «Reflexiones sobre el modo de escribir la Historia de España», en *Obras inéditas de don Juan Pablo Forner*, Madrid, Imprenta de Burgos, 1816.
- Gaddis, John Lewis, *El paisaje de la Historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- Gay, Peter, *Style in History*, New York, Basic Books, 1974.
- Glassberg, David, *Sense of History. The Place of the Past in American Life*, Boston, University of Massachusetts Press, 2001.
- Gómez, Beatriz, «Contexto teórico para el estudio de los orígenes de la biografía periodística en España», *Observatorio, Journal*, 6, 3, 2012, pp. 229-259.
- Guasti, Niccolò, *L'esilio italiano dei gesuiti spagnoli. Identità, controllo sociale e pratiche culturali (1767-1798)*, Roma, Storia e Letteratura, 2006.
- Hay, Denys, *Annalists and Historians*, London, Routledge, 2016.
- Hazard, Paul, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- Hernández Toledo, Sebastián, «El holgado presente. Una aproximación al problema historiográfico sobre la percepción del tiempo y del espacio», *Theory Now. Journal of Literature, critique and thought*, 4, 1, 2021, pp. 204-222.
- Hobsbawm, Eric, *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Hunt, Lynn, *Historia*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.
- Ibáñez de Segovia, Gaspar, *Advertencias a la historia del Padre Mariana*, Valencia, Antonio Bordázar de Artazu, 1746.
- Kewes, Paulina, *The Uses of History in Early Modern England*, San Marino, CA, Huntington Library, 2006.
- Kuijpers, Erika, Judith Pollmann, Johannes Müller y Jasper Van der Steen, *Memory before Modernity. Practices of Memory in Early Modern Europe*, Leiden-Boston, Brill, 2013.
- Larriba, Elisabel, *El público de la prensa en España a finales del siglo XVIII*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013.
- Ledo del Pozo, José, *Apología del rey Don Pedro de Castilla conforme a la crónica verdadera de D. Pedro López de Ayala*, Madrid, Imprenta de Hernández, 1790.
- López, François, *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2010.
- López, Juan Francisco, *Ensayo sobre la mejora de nuestro teatro*, Segovia, Antonio Espinosa, 1798.
- Lowenthal, David, *El pasado es un lugar extraño*, Madrid, Akal, 1998.
- Maravall, José Antonio, «Mentalidad burguesa e idea de la Historia en el siglo XVIII», *Revista de Occidente*, 107, 1972, pp. 250-286.
- Marcocci, Giuseppe, *Indios, chinos y falsarios. Las historias del mundo en el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 2019.
- Martín, Manuel José, *Historia verdadera y famosa del Cid Campeador*, Madrid, Manuel Martín, 1781.
- Masdeu, Juan Francisco, *Historia crítica de España y de la cultura española. Tomo II*, Madrid, Imprenta de Sancha, 1805.
- Mercier, Louis Sébastien, *El año 2440. Un sueño como no ha habido otro*, Madrid, Akal, 2016.
- Mestre, Antonio, «La historiografía española del siglo XVIII», en *Coloquio Internacional Carlos III y su siglo. Vol I. Cincuenta años de historiografía del siglo XVIII*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia Moderna, 1990, pp. 21-60.
- Mestre, Antonio, *Apología y crítica de España*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- Millot, abate, *Elementos de Historia Antigua y Moderna en que se describe el origen, gobierno y leyes de todas las naciones del mundo, escrita en francés por el abate Millot y traducida al castellano. Tomo VI*, Madrid, Imprenta Real, 1794.
- Morales, Ambrosio de, *Corónica general de España. Tomo VII*, Madrid, Benito Cano, 1791.
- Morales, Anastaf de, *Vida de Hernán Cortés hecha en pedazos en quintillas joco-serias*, Sevilla, Imprenta Mayor, 1795.
- Morales Moya, Antonio, «La historiografía española del siglo XVIII», *Revista de historia das ideas*, 18, 1996, pp. 7-43.
- Mudrovic, María Inés, «La Ilustración y el problema de la Historia: entre Hume y Voltaire», *Páginas de Filosofía*, 1, 1991, p. 23-39.



## HISTORIADORES BAJO LA SOMBRA DE LA SOSPECHA

- Murillo Velarde, Pedro, *Geografía histórica. Tomo VII, de Persia, del mogol, de la India y sus reinos, de la China, de la grande Tartaria, de las islas de la India y del Japón*, Madrid, Manuel de Moya, 1752
- Nava Rodríguez, María Teresa. «La Real Academia de la Historia como modelo de unión formal entre el Estado y la cultura (1735-1792)», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 8, 1987, pp. 127-156.
- Nava Rodríguez, María Teresa, «Legado arqueológico, academicismo e historia en el setecientos español», *Espacio, tiempo y forma*, Serie VII, 2, 1989, pp. 197-208.
- Nava Rodríguez, María Teresa, «Bases y objetivos de una historia general del nuevo mundo: el cargo de cronista mayor de las Indias entre 1755 y 1764», *Cuadernos de Historia Moderna*, 10, 1989-1990, pp. 103-120.
- Nava Rodríguez, María Teresa, «Ciencia y académicos de la Historia en la Ilustración española: la emergencia del autor colectivo», *Revista Historia Autónoma*, 10, 2017, pp. 67-85.
- Nieto Soria, José Manuel, *Medievo constitucional. Historia y mito político en los orígenes de la España contemporánea, (1750-1814)*, Madrid, Akal, 2007.
- Nuix, Juan, *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1782.
- Olabarri, Ignacio y Francisco Javier Caspistegui, *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996.
- Ortiz y Sanz, Joseph, *Compendio cronológico de la Historia de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Tomo I*, Madrid, Imprenta Real, 1795.
- Pabón Guerrero, Alonso, *Retórica castellana en la cual se enseña el modo de hablar bien y formar una oración o discurso coordinado*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1764.
- Palos, Joan-Luis y Fernando Sánchez Costa, *A vueltas con el pasado. Historia, memoria y vida*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2013.
- Pellicer y Satorcada, Juan Antonio, *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles donde se da noticia de las traducciones que hay en castellano de la Sagrada Escritura*, Madrid, Antonio de Sancha, 1778.
- Polibio, *Historia de Polibio Megalopolitano. Tomo III*, trad. Ambrosio Rui Bamba Madrid, Imprenta Real, 1789.
- Proust, Antoine, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2001.
- Rodríguez Mohedano, Pedro y Rafael Rodríguez Mohedano, *Historia literaria de España de su origen, progresos y decadencia. Tomo V*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1777.
- Rodríguez Mohedano, Pedro y Rafael Rodríguez Mohedano, *Apología del tomo V de la Historia Literaria de España con dos cartas sobre el mismo asunto*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1779.
- Roldán, Concha, *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la Historia*, Madrid, Akal, 2005.
- Ruiz Torres, Pedro, «La historia como concepto histórico: historia erudita, historia filosófica e historia científica en los siglos XVIII y XIX», *Studia Historica, Historia Contemporánea*, X.XI, 1992-1993, pp. 149-162.
- Ruiz Torres, Pedro, «El estudio del pasado y la influencia política del presente: de la cuestión señorial al problema de la reforma social», en *Miradas a la historia: reflexiones historiográficas en recuerdo de Miguel Rodríguez Llopis*, coord. María Encarna Nicolás Marín y José Antonio Gómez Hernández, Murcia, Universidad de Murcia, 2004, pp. 57-68.
- Ruiz Torres, Pedro, «El presente en la Historia», *Pasajes, Revista de Pensamiento Contemporáneo*, 24, 2007, pp. 5-20.
- Ruiz Torres, Pedro, «Los modos de producción del pasado», *Saitabi*, 58, 2008, pp. 15-25.
- Sánchez Blanco, Francisco, *La Ilustración goyesca. La cultura en España durante el reinado de Carlos IV (1788-1808)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.
- Sánchez Blanco, Francisco, *La Ilustración y la unidad cultural europea*, Madrid, Marcial Pons Historia, Fundación de Municipios Pablo de Olavide, 2013.
- Santana Pérez, Juan Manuel, «La teoría de la Historia de la Ilustración. Su incidencia en Canarias», *Vegueta*, 1, 1993, pp. 85-95.
- Sarmiento, Martín, *Demostación crítico apologética del Teatro Crítico universal que dio a la luz Benito Jerónimo Feijoo. Tomo II*, Madrid, Herederos de Francisco del Hierro, 1751.
- Serna, Justo, *El pasado no existe. Ensayo sobre la Historia*, Madrid, Punto de Vista Editores, 2016.
- Storia Universale dal Principio del Mondo sino al Presente. Volume decimo ottavo*, Amsterdam, Antonio Foglierini, 1770.
- Terreros y Pando, Esteban, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas, francesa, latina e italiana. Tomo segundo*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1787.
- The Spanish Empire in América, containing a succinct relation of the discovery and settlement of its several colonies, a view of their perspective situations, extent, commodities, trade, by an English Merchant*, London, M. Cooper, 1747.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## NURIA SORIANO MUÑOZ

- Ucelay Da Cal, Enrique, «La voz del autor en la historiografía», en *Pensar històricament. Ètica, ensenyament i usos de la història*, ed. Marició Janué Miret València, Universitat de València, 2009, pp. 171-195.
- Velasco Moreno, Eva, *La Real Academia de la Historia, una institución de sociabilidad*, Madrid, Boletín Oficial de Estudios Políticos y Constitucionales, 1999.
- Vélez, Palmira, *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid - Frankfurt am Main, Iberoamericana, - Vervuert, 2007.
- Wences Simón, Isabel, *Hombre y sociedad en la Ilustración escocesa*, México, Distribuciones Fontamara, 2018.
- Wood, Gordon S., *The Purpose of the Past. Reflections on the Uses of History*, New York, Penguin Press, 2008.
- Woolfson, Jonathan, *Palgrave Advances in Renaissance Historiography*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2005.
- Wulff Alonso, Fernando, «Historiografía ilustrada en España e Historia Antigua de los orígenes al ocaso» en *La Antigüedad como argumento II. Historiografía de arqueología e Historia Antigua de Andalucía*, ed. Fernando Gascó La Calle y José Luis Beltrán, Valencia, Scriptorium, 1995, pp. 135-152.
- Zavala, Iris M., *Discursos sobre la invención de América*, Leiden, Brill, 1992.

---

Esta investigación se enmarca en los proyectos titulados: «Desde los márgenes. Cultura, experiencia y subjetividad en la modernidad: género, política y saberes» con referencia PGC2018-097445-A-C22 y «Privilegio, trabajo y conflictividad: La sociedad moderna de los territorios hispánicos del Mediterráneo Occidental entre el cambio y las resistencias» con referencia PGC2018-094150-B-C21.

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

Universidad  
de Navarra

